

A propósito de las primeras comuniones

Jaume González Padrós

Acabado el tiempo pascual con las solemnidades inmediatamente posteriores, prácticamente se han celebrado ya, en todas las comunidades, las famosas “primeras comuniones”.

No vamos a entrar aquí en valorar el sentido de una práctica que obliga a coronar la iniciación cristiana de quienes todavía no han recibido la confirmación del bautismo. Ello es causa de no pocos escrúpulos teológicos por parte de los que se toman en serio tanto la teología de los sacramentos como la enseñanza magisterial. No nos cansaremos, pues, de aplaudir a aquellos obispos y diócesis que han afrontado la cuestión y le han dado una solución correcta, es decir, la única que se puede llamar como tal: la que devuelve a los tres sacramentos el orden teológico. Esperemos que vaya cundiendo el ejemplo.

No obstante lo que acabamos de decir, es verdad que la pastoral litúrgica no queda frenada totalmente a causa de las deficiencias existentes en otros órdenes, y ella da muchas satisfacciones a quien la toma en serio. También en las celebraciones a las que nos referimos.

La experiencia de quien escribe este editorial y de tantos otros presbíteros es que, plantear una misa donde un grupo de niños participan plenamente de la Eucaristía por primera vez, sin ceder a expresiones infantilizadas, en fidelidad a los libros litúrgicos, y procurando contenido en expresiones y en palabras, resulta algo de lo más gratificante.

Si el contexto social y psicológico pretende convertir la fiesta en algo propio de niños, es de esperar que sacerdotes y catequistas (su colaboración al respecto es indispensable) aporten serenamente, con la más espontánea naturalidad, el marco propio de toda celebración litúrgica, que es el sagrado, tal como nos recordó el Vaticano II (cf. SC 7). Ello no suele transmitirse fácilmente a través de discursos, palabras, moniciones, sino más bien a través de actitudes. No se trata tanto de convencer como de testimoniar. O, si acaso, de que a través del propio testimonio, quien lo observa se convenza por sí mismo de la verdad y bondad de lo contemplado.

Los niños que van a comulgar suelen estar bien concienciados de lo que van a hacer, y del comportamiento que se espera de ellos en la iglesia, siempre y cuando no los instalemos en una constante distracción de lo fundamental, haciéndoles ir y venir, con intervenciones ante la asamblea que no son apropiadas ni a su condición de niños ni a la de católicos “en iniciación”, los cuales no han llegado todavía a la madurez en la profesión de la fe ante la comunidad cristiana. Pero, como decimos, ellos, normalmente, saben participar como es preciso gracias a catequistas y sacerdotes. No tanto quienes los acompañan, muchos de los cuales llevan años sin acudir a la asamblea litúrgica. También para estos conviene plantear una pastoral de la celebración seriamente, con toda la cordialidad propia de una comunidad cristiana, y con toda la seriedad que reclama la presente *actio sacra*.

Es indispensable que el sacerdote se disponga a orar y lo haga, a pesar de que el contexto pueda no ser el habitual ni el más cómodo (gente entrando y saliendo, murmullo en el fondo de la iglesia, agitación de algunos buscando la foto, etc.). Son precisamente estas circunstancias anómalas las que reclaman inyectar grandes dosis de “normalidad”, para que ésta se vaya instalando en el aula de la oración. Todos deben ver que, para el presbítero, es realmente muy importante lo que está haciendo, que es algo –digámoslo una vez más- *sagrado*, y que su actuación no se ve condicionada por los que no saben estar, sino justo lo contrario: que pretende, desde la sinceridad y la verdad de cada gesto y palabra, atraerlos hacia esta sublime acción. En este juego de fuerzas, dispersión – concentración, quien debe ganar la partida es esta última, y al servicio de ella tenemos que poner todos nuestros recursos pastorales.

Que quien proclama la Palabra, pues, aparezca verdaderamente al servicio de la misma, y no ella al servicio de otros intereses, como sería el caso si hacemos intervenir a familiares o amigos que no ejercen nunca este

ministerio en medio de la comunidad, para darles un “protagonismo”. Lo mismo podemos decir de quienes asisten al altar en calidad de acólitos o de ministros extraordinarios de la comunión.

Una comunidad adulta no debería dar la impresión de que improvisa una organización litúrgica a propósito de las primeras comuniones, sino que debe aparecer como lo que es: una comunidad estable, ya organizada habitualmente para celebrar la Eucaristía, que acoge, en este día concreto, a unos hermanos pequeños y sus familias, con cariño y gozo, y lo hace como sabe hacerlo. Está claro que esta “normalidad” no se consigue si no hay experiencia cotidiana y dominical seria. Si no hay una ministerialidad competente y una asamblea acostumbrada a integrar. Es la tarea de una pastoral litúrgica permanente y no sólo en fechas señaladas.

Y, ¿cuál es el resultado cuando se pone todo este empeño al servicio de una celebración bien identificada? ¿Qué ocurre con la experiencia celebrativa de los niños que empiezan a comulgar ese día, y con sus familiares, más o menos motivados religiosamente? ¿Qué efectos provoca una misa de “primera comunión” sin ningún signo de fantasía pueril o infantilismo y, en cambio, con explícitas referencias, verbales y no verbales, a la presencia de Dios que nos llena de respeto y serenidad?

Saben bien la respuesta a estos interrogantes los párrocos y demás presbíteros que trabajan en esta línea, convencidos de la fuerza de atracción que Dios mismo ejerce, en las acciones sagradas, en aquellos que se disponen a recibir la gracia, como también nos recordó el Vaticano II (cf. SC 11). Y se trata de una respuesta gratificante, no exenta de los efectos que la imperfección humana comunica, evidentemente, y, sin embargo, generadora de esperanza para la fe de las nuevas generaciones.

Precisamente, durante estos días de junio, en el *Convegno Ecclesiale Diocesano* de Roma, sobre la iniciación cristiana, se ha recordado que los niños tienen la capacidad de entender las cosas relacionadas con la fe incluso cuando se tratan con seriedad, y que ellos no maduran si se banaliza la persona de Jesús con formas de narración cercanas a la fábula.

Hacemos, ahora y aquí, esta reflexión, para que todos nos examinemos revisando las celebraciones de “primera comunión” vividas en las pasadas fiestas, y podamos aprender tanto de los errores como de los aciertos pastorales, avalados, estos, por la gracia que el Señor derrama en los corazones, y que contemplamos en sus frutos.